

Card. Stanisław Ryłko
Presidente
Consejo Pontificio para los Laicos
Ciudad del Vaticano

SYDNEY 2008 - MADRID 2011
Encuentro Internacional de los Responsables de las JMJ
Roma, 3 - 5 abril 2009

Discurso conclusivo

Lo que quisiera decirlos a todos no son simplemente unas palabras de clausura, por la sola razón de ser mañana el momento culminante de nuestro encuentro. Podemos decir que aún tenemos todo por delante, es decir la celebración de la XXIV Jornada Mundial de la Juventud en la diócesis del Papa en Roma.

Lo que sí os quiero proponer son algunas reflexiones para intentar entender mejor lo que ha sucedido en estos días que hemos pasado juntos. Quisiera partir del hermosísimo icono que tenemos aquí, el icono del Cenáculo de Pentecostés. Quizás ni hemos reflexionado más a fondo, pero pienso que lo que hemos vivido aquí en estos días ha sido inspirado precisamente desde el Cenáculo de Pentecostés, es decir la experiencia de una Iglesia verdaderamente joven, de hace dos mil años, de una Iglesia misionera, que estalla con su entusiasmo misionero hasta los confines de la tierra, experiencia de la Iglesia a la escucha del Espíritu Santo. Hemos escuchado varios testimonios y conferencias, pero la voz fundamental que en el fondo obró aquí ha sido la voz del Espíritu Santo.

¿Qué es lo que dice el Espíritu Santo a la Iglesia en este momento histórico? El Espíritu Santo llama a la Iglesia para la misión de siempre: evangelizar, en modo particular, a las jóvenes generaciones. ¡Cuántas veces hemos escuchado en estos días que la evangelización de los jóvenes es una prioridad indiscutida en la vida de la Iglesia! Vosotros, que trabajáis en este sector, tenéis que estar convencidos – repito lo que dije al inicio – de que no sois un apéndice para embellecer la acción de la Iglesia, precisamente para que se vea que hay gente joven. Os encontráis en el corazón mismo de la obra evangelizadora de la Iglesia. Esto es un hecho fundamental para todos nosotros. Los apóstoles, como sabéis, partieron del Cenáculo de Pentecostés diferentes, cambiados. Resultaba difícil reconocerlos. Así espero que también todos nosotros – aquí me refiero también a nosotros, al staff del Consejo Pontificio para los Laicos – después de estos días volvamos diferentes, es decir más fuertes, motivados a continuar por este camino. Esto es muy importante, vale la pena invertir todas las fuerzas, los mejores recursos que dispongamos para esta grande causa de la evangelización de los jóvenes de hoy.

¿Qué han significado para nosotros estos días pasados en Villa Aurelia? Han sido para cada uno días de una importante “recarga” espiritual. Quizás los que viváis en países probados particularmente por los obstáculos y las dificultades os sentís un poco olvidados del resto del mundo al tener que enfrentar tareas y desafíos enormes. Estando aquí con nosotros, espero que os hayáis sentido verdaderamente en el corazón de la Iglesia, acogidos y sostenidos por la Iglesia; que hayáis sentido que la Iglesia está con vosotros, que la Iglesia os apoya en vuestra labor quizás no visible, a veces no tan apreciada, pero que es muy importante. Han sido, pues, días de “recarga” espiritual para volver a encender nuestro entusiasmo misionero hacia los jóvenes.

S. E. Mons. Clemens nos explicó, con grande maestría, el significado del Mensaje y del tema escogido por el Papa para la XXIV Jornada Mundial de la Juventud. Sólo quisiera decir que este tema – «Hemos puesto nuestra esperanza en el Dios vivo» (*1Tm 4, 10*) – nos recuerda la virtud fundamental de cada misionero, de cada pastor, es decir la esperanza. Sin esperanza no hay misión, sin esperanza no hay una verdadera evangelización. Cada agente de pastoral juvenil tiene que sentirse y ser de veras testigo de la esperanza, es más un maestro de la esperanza para los jóvenes con los que está. Vivimos en un mundo que padece un déficit de esperanza. ¡Cuánta desesperación se ve a veces en los ojos de tantos jóvenes! Es un déficit de aquella “grande esperanza” de la que habla el Papa Benedicto XVI, una esperanza construida sobre roca. Esta roca sólo es una: Jesucristo. Y precisamente animados por esta esperanza, quisiera invitaros a todos una vez más a apostar totalmente por los jóvenes en vuestra misión.

Las JMJ nacieron precisamente de la grande esperanza de Juan Pablo II, que al inicio de los años 80 tuvo el valor de apostar por los jóvenes en su gran proyecto de la nueva evangelización: nuevas generaciones, nueva evangelización. No olvidemos que el inicio de los años 80 no fue un período fácil. En aquella época aún se miraba a los jóvenes con gran recelo. El siervo de Dios Juan Pablo II se fió de los jóvenes, tuvo el valor de apostar por ellos. Hoy vemos los frutos bendecidos de aquella apuesta. La Iglesia mira a las jóvenes generaciones con gran esperanza, porque Cristo mira a los jóvenes con grande esperanza. Recordemos la hermosa escena evangélica del encuentro de Cristo con el joven rico: el evangelista dice que Jesús lo miró y lo amó. Esta mirada, este amor sigue a través de los siglos. Vosotros, como agentes de pastoral juvenil, en vuestras Iglesias locales o en los movimientos y asociaciones que representáis, tenéis que ser y convertirlos en esa mirada de Cristo que se posa en los jóvenes de hoy, tenéis que ser este amor de Cristo.

Con esta reunión comienza un camino que es parecido al pasado, pero que es al mismo tiempo nuevo; porque las JMJ tienen siempre la misma estructura, pero al mismo tiempo son diferentes – tienen diversos contextos eclesiales, culturales, geográficos. Iniciamos, pues, un camino nuevo hacia Madrid 2011. El Papa Benedicto XVI insiste mucho en la importancia de este camino interior y exterior que precede y que después sigue a las JMJ. Se podría decir en un cierto sentido que cada JMJ se parece a un iceberg: la pequeña punta que emerge del agua es la celebración – la de Sydney, la de Madrid... - pero la gran parte que sostiene esta

punta fascinante, la base escondida de cada Jornada Mundial de la Juventud, la constituís vosotros en vuestras Iglesias locales, en vuestros movimientos y asociaciones. Esta es una tarea fundamental. Cuanto más invirtáis en el fundamento de esta base, más frutos y efectos pastorales podréis obtener. Repito, no dudéis en emplear vuestros mejores recursos, vuestro espíritu, vuestra inteligencia, vuestra fantasía misionera, en este trabajo vuestro tan importante. Aquí se oculta el secreto más profundo y decisivo del éxito de cada Jornada Mundial de la Juventud.

De este Cenáculo de Pentecostés, partimos fuertes y renovados en nuestra pasión misionera por los jóvenes, partimos fuertes de esperanza. Como decía, el punto culminante de nuestra reunión será mañana, cuando celebraremos junto al Santo Padre el Domingo de Ramos y asistiremos a la entrega de la Cruz de los jóvenes australianos a los jóvenes españoles. De este modo se abre oficialmente el camino hacia Madrid. Cuando asistáis a la entrega de la Cruz, recordaos que precisamente hace 25 años, Domingo de Ramos, el Papa Juan Pablo II entregaba a los jóvenes la Cruz que había acompañado todas las celebraciones del Jubileo de 1984. Fue un gesto profético – y aquí podemos entender lo que significa de verdad la expresión “profético”. Al principio, ninguno se podía imaginar el significado que iba a tener esta Cruz, pero después se preguntaron perplejos: ¿qué debemos hacer con ella? La primera vez, cuando Mons. Cordes (ahora cardenal) llevó la Cruz a Buenos Aires con los jóvenes, la gente miraba esta Cruz y se preguntaba por el motivo de su presencia. Es aquí donde se ve que Dios ya tenía un designio; nosotros aún no lo conocíamos, pero lo fuimos descubriendo poco a poco. La historia de la Cruz de las JMJ está hoy llena de verdaderos milagros de gracia y conversión. Todos se quedan impresionados: ¿cómo es posible que esta sencilla y pobre Cruz, pero de una fuerza espiritual atrayente tan grande, sea capaz de reunir a tantos millares de jóvenes en todos los continentes? Así pues, al participar mañana en la ceremonia de la entrega de la Cruz, pensad en Juan Pablo II, que tuvo la idea providencial de entregarla a los jóvenes en el momento histórico de la clausura del Año Santo 1984, y agradeced al Señor por el don de esta Cruz. Podemos decir que, gracias a esta Cruz, la JMJ es un evento permanente en la Iglesia, porque dondequiera que vaya la Cruz de las JMJ, se realiza una Jornada Mundial. Es de verdad un don providencial que estamos descubriendo paso a paso y por el cual debemos agradecer al Señor.

Ahora es el momento de pasar a los agradecimientos. Un gracias sincero a todos vosotros, queridos amigos – obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, laicos, jóvenes – porque cada reunión de este tipo es una creación común. Tengo que decir que, con vuestra participación, vuestro empeño y vuestra disponibilidad en compartir y dar testimonio, habéis hecho posible esta reunión de verdad bendecida por el Señor. ¡Hemos aprendido tanto, hemos vivido tanto! Volvemos todos de esta reunión enriquecidos espiritualmente. Por ello, gracias a todos y a cada uno y a cada una de vosotros.

También un gracias especial a nuestros amigos del Comité español: vosotros seréis los protagonistas de estos tres años de preparación. Hoy queremos deciros: ¡ánimo, no tengáis miedo! La tarea es laboriosa, pero no estáis solos. Tened, sobre todo, en cuenta que aquí no

se trata de una iniciativa exclusivamente humana, que en esta grande obra de evangelización de los jóvenes de hoy ¡está la mano de Dios!

Gracias a la Fundación “Juan Pablo II para la Juventud”: las bolsas que habéis recibido son un don de la Fundación y dentro hay algo de particular importancia, es decir el número de la revista *WYD Magazine*, que nos recuerda los días inolvidables que hemos vivido en Sydney. Hay una palabra del Profeta que dice “No olvidéis las grandes obras”. Precisamente esta publicación sirve para no olvidar, no sólo en el sentido de un álbum de fotos para mirar de vez en cuando, sino en el sentido espiritual de no olvidar de dar siempre gracias al Señor por su amor y su bondad que demuestra con ocasión de estas Jornadas. Al presidente de la Fundación, Marcello Bedeschi, un gracias de corazón también por esta iniciativa.

Agradezco a los voluntarios de la Fundación, que han asegurado un servicio importante, el transporte, dirigidos por Fabio Donegà. Gracias, queridos amigos.

Agradezco también, a nombre de todos, al staff de nuestro Dicasterio, en modo especial a la Sección Jóvenes. Este encuentro ha sido un debut para el P. Eric Jacquinet, porque es el sucesor de Mons. Kohn, que muchos de vosotros han tenido la oportunidad de conocer. Estoy convencido de que ha sido un debut ¡verdaderamente espectacular!

No podemos concluir esta reunión sin agradecer al equipo de nuestros traductores. Gracias por haber contribuido de modo sustancial a transformar este ambiente en un Cenáculo de Pentecostés, ¡incluido el don de lenguas!

Por último, damos las gracias a Villa Aurelia, que nos ha acogido de modo estupendo.

Queridos amigos, mañana comienza la Semana Santa que nos introduce en la Pascua. Aprovecho esta oportunidad para expresar a todos y a cada uno y cada una de vosotros, nuestros mejores deseos y desearos ¡felices Pascuas de Resurrección!

Concluyo con una exclamación muy querida de nuestros amigos españoles. En la Edad Media los peregrinos que estaban de camino a Santiago de Compostela, a menudo un camino largo y peligroso, se animaban mutuamente con una exhortación muy característica: “¡E ultreia, e suseya!”, que significa: “¡Vamos, arriba, adelante!”. Lo aprendimos en el año 1989. Por ello, concluyo así: *¡E ultreia, e suseya!* ¡Arriba, adelante, vayamos a Madrid!